Miren esta foto. A mí me encanta esta foto porque estoy hermosa, impecable con mi trajecito blanco. Pero también porque es la que mejor representa mi vida.

Estoy sola, rodeada de varones. De varones que no están cómodos, que se sonríen un poco con desprecio y un poco con nervios. Porque estoy en un lugar donde nosotras no podemos estar. Donde ellos sí pero nosotras no.

Fui la única mujer en el Colegio Nacional de La Plata. La primera en cursar medicina en la UBA, la primera extranjera en conseguir la ciudadanía argentina.

Pero no les vine…

(Aplausos)

No les vine a hablar de lo única que soy sino de lo única que podemos ser todas.

Esta foto representa un momento histórico muy importante para mi vida y para la vida de todas las mujeres.

En 1911 se llamó al empadronamiento para las elecciones municipales. ¿Qué se necesita para empadronarse? Ser un ciudadano mayor, residente en la ciudad, tener un comercio o industria y ejercer una profesión liberal y pagar los impuestos. Yo cumplía con todos los requisitos. Obviamente que las mujeres no podemos votar pero se habían olvidado de agregarlo. O tal vez es tan obvio que no hacía falta aclararlo. Como sea, aproveché mi oportunidad, fui a empadronarme y no pudieron evitarlo.

Me acuerdo con el cuidado que guardé esa papeleta. Era mi pasaporte a un nuevo derecho.

(Aplausos)

No pude dormir los días previos. El día de las elecciones me desperté temprano, me puse mi trajecito y me fui a la Iglesia San Juan Evangelista.

Cuando llegué a la puerta, el militar que custodiaba la entrada no me dejó pasar. Entonces le clavé la mirada y le dije: “voy a pasar, yo soy ciudadana y tengo derechos y quiero pasar”. El hombre me dijo: “Acá sólo entran los votantes. Entonces lo miré y le dije: “¡Es fácil hacerse el macho con un revólver en la cintura! ¿no?”. El tipo se quedó duro…

(Aplausos)

Estaba asombrado. Entonces me envalentoné. Le dije: ¿En el vientre de quién estuviste? De una mujer. ¿Quién te lavó la cola y te dio de comer cuando eras un bebé? Una mujer. ¿Quién lo va a hacer dentro de unos años cuando seas un viejo decrépito? Una mujer.

(Aplausos)

Quizás exageré un poco, pero si hay algo que me molesta es la injusticia. Así que bueno, como broche de oro le mostré mi papeleta. Y me tuvo que dejar pasar.

Me ubiqué detrás del último hombre de la fila. Todos me miraban un poco incómodos, algunos enojados. Pero yo me mantuve ahí, con la frente amplia, estoica, mirando al frente. Cuanto tocó mi turno les di mi certificado y como si fuese el trámite más común del mundo me dejaron votar. Sería injusta si dijera que todos los hombres se rieron de mí. No todos los hombres están en contra de nuestros derechos. Algunas mujeres a veces son más resistentes.

Disculpen.

(Aplausos)

El presidente de mesa, el doctor Saldías, me dijo que estaba orgulloso de firmar el primer documento de una mujer en el sufragio para las elecciones municipales, en el país y en Sudamérica. Sí era la primera mujer en votar en el país y en Sudamérica.

(Aplausos)

Esta foto lo retrata perfecto:

26 de noviembre de 1911: El primer voto femenino en Sudamérica.

Ese que está sentadito ahí, el militar que está ahí, no es el que no me dejó pasar. Es el que está atrás mío, ahí se le ve un poco la gorrita. Me puse adelante para que no saliera en la foto.

Corrí a los diarios a contar la noticia. Era mujer y había participado de las elecciones con mi voto. Se tenían que enterar todas las mujeres del país y el mundo de esto, porque era la posibilidad de empezar a cambiar las cosas.

No hay que esperar a que cambie el sistema para lograr lo que una desea. Sobre todo si lo que una desea es cambiar el sistema.

(Aplausos)

Hay que hurgar y hurgar, buscar hasta encontrarle la vuelta. Y una vez adentro, ahí sí, luchar para cambiar las cosas. Esto lo aprendí en medicina: una enfermedad muy grave no se cura con una loción, hay que dar una inyección. Cuando la medicina entra en el cuerpo, ahí empieza a accionar.

Entonces había logrado votar en la municipales e iba por las nacionales.

Advertidos de lo que yo quería hacer, no me dejaron votar. Me dijeron que necesitaba el registro militar. Y ¡oh casualidad! sólo los hombres pueden hacer el servicio militar. Así que fui hasta al mismísimo ministro de guerra a pedirle por favor que me enrolara en el ejército. ¿Me imaginan a mí con este trajecito haciendo flexiones de brazo? No, no lo logré, no me dejaron hacerlo. Pero mejor, para ellos. Porque yo seguí buscando la trampa legal. Buscando y buscando. Y encontré en la Constitución que no podíamos votar pero que podíamos ser candidatas y además decía que “nadie puede ser privado de lo que la ley no prohíbe”. Le pregunté a una amiga mía abogada, también militante, Ángela y me dijo que tenía razón. Increíble, podíamos ser candidatas y no lo habíamos aprovechado. Bueno, me presenté como diputada nacional para las elecciones nacionales. Empapelé toda la ciudad con carteles y me puse a reclamar en todas las esquinas por nuestros derechos:

Es increíble que seamos ignoradas por la ley, que no se nos considere sujetos, que todas las leyes estén sesgadas porque están todas hechas con la mirada de los hombres.

La mirada femenina tiene mucho que aportar. No somos propiedad de nadie. Los esposos y las esposas tienen que tener los mismos derechos.

Y ahora que lo pienso un poco más, habría que abolir el matrimonio. Porque la verdad, que no hace falta para la subsistencia de la especie*.*

(Aplausos)

Reivindicamos también la función de la madre, pues es la base de la creación misma. Velamos por los intereses de los niños, sobre todo de los huérfanos, por su educación, por los hospitales ¿quién mejor que nosotras para velar por esos derechos? Pero no defendemos a las mujeres, porque la mujer no es algo que necesite defensa. Es un ser fuerte, como los otros, a quien un sinnúmero de prejuicios ha colocado en un lugar inferior.

(Aplausos)

La mujer debe defenderse por sí misma y lograr las reivindicaciones que necesite.

Es mejor que ardan las fogatas de la emancipación femenina, venciendo falsos prejuicios y dejando de implorar por los derechos. Porque ¿saben qué, mujeres? ¡Los derechos no se mendigan, se conquistan!!

(Aplausos)

Y tenemos que conquistarlos. Nosotras tenemos que conquistarlos.

Miren qué injusticia.

Si yo les pidiese acá a todos ustedes que levanten la mano y digan quién ha votado, seguro serían todas manos de varones y una de mujer: la mía.

Hagamos la prueba. ¿Quiénes votaron en las elecciones?

Lo logramos

(Aplausos)